**Domingo IV de Pascua
Ciclo C**

8 de mayo de 2022
Hech 13,14.43-52
Sal 99
Ap 7,9.14-17
Jn 10, 27-30
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Jesús estaba en Jerusalén: era su tercera subida a la ciudad, según el Evangelio de Juan, desde que comenzó con su vida pública. Enseñaba en el Pórtico de Salomón, entre sus imponentes columnas, pues era invierno, y era el espacio más resguardado del Templo contra los fríos vientos del Este. Estaba causando estupor en la muchedumbre; se estaban reventando los viejos odres de la Ley incapaces de contener el vino joven de la novedad de Jesús.

Era como si hasta ese momento la muchedumbre solo hubiera hablado de Dios como de oídas, mientras que ahora Él comenzaba a mostrarles su rostro. Les estaba enseñando que ese Dios que les habían inculcado los «pastores de Israel» de solo poder y exigencia, es en realidad un Dios de ternura entrañable, de amor sin condiciones como el de los padres. Esta revelación del Padre que estaba haciendo Jesús era incompatible con el concepto de Dios que ellos ten en sus corazones.

Es interesante que Jesús hable de que los que son suyos, sus ovejas, le escuchan. Nos se trata, pues de oír, sino de escuchar. Esa actitud implica un esfuerzo por nuestra parte. Significa que debemos estar abiertos, atentos, dispuestos a cambiar, incluso, nuestras más firmes convicciones y seguridades. Significa, además, querer hacerlo; es decir: escucha quien quiere escuchar y quien quiere lo hace efectivo, lo busca, lo desea y pone los medios apropiados para que así suceda. Por eso el texto más orado y repetido por los judíos era el *Shemá Yisrael*, es decir, *“Escucha Israel”*. Se trata de escuchar.

Por otro lado, la facultad de hablar está íntimamente unida a la escucha: la sordera total hace imposible el lenguaje. Es decir, que si no escuchamos no podremos hablar, nada tendremos que decir por la imposibilidad de haber escuchado.

En otros pasajes Jesús reprocha a sus discípulos que no saben escuchar; esto plantea la cuestión de quién está realmente sordo y que hay otra sordera diferente de la física instalada en los que piensan estarle siguiendo.

La consecuencia, dice Jesús, en el evangelio de hoy es que quien le escucha lo sigue, es decir, se convierte en su oveja, siendo Él el Pastor.

Eso de ser ovejas no va hoy mucho con el sentir del hombre moderno. Incluso nos puede molestar por la carga negativa que tiene de inexpresión de tu propia voluntad; porque pudiera con ello afirmarse la nulidad de tu decisión; por la sensación de esclavismo, de borreguismo, que el término conlleva.

Pero Jesús no quiere decir nada de eso. Lo que está queriendo decir que Él es el que Guía y nosotros los guiados. Porque se trata de *mi hacer,*  por el *des-hacerme* de mis caminos. Él promete la vida desbordante, plena y feliz aquí y ahora para los que se arriesgan a seguirlo. No está hablando de la vida eterna después de la muerte; está hablando de una vida eterna, sí, pero que comienza ya, aquí y ahora en todo el que se decide a escucharle y seguirle. Para eso Él ha venido: para que tuviéramos vida y una vida en abundancia[[1]](#footnote-1).

Es preciso que caigamos en la cuenta de algo extraordinario que Jesús aquí dice. Por eso es que Jesús, como decíamos al principio, estaba haciendo saltar por los aires los odres viejos de la antigua Ley. Solo esta palabra bastaría para que nuestra vida cambiara como de la noche al día. ***Jesús nos dice que nosotros somos el regalo del Padre para Él***. Nos dice que el Padre nos ha puesto en las manos de Jesús. No se puede esperar una declaración de amor más intensa por parte de Dios al hombre. Si Jesús es el Hijo amado del Padre; si es el Hijo de sus complacencias, si es Su Verbo hecho carne, si es su Amado..., uno se esperaría un regalazo por parte de Él hacia su Hijo. «*Mis ovejas […] me las ha dado mi Padre*». Pues bien, ese regalazo es cada uno de nosotros. Es decir, que cada uno de nosotros es lo más íntimo y querido por Dios Padre que puede dar a su Hijo. No hay regalo mayor. Naturalmente, todos valoramos un regalo hacia una persona amada por el amor que tenemos hacia lo regalado. Según el amor que ponemos en nuestro regalo así será lo cercana que la persona al que hacemos el regalo está para nosotros. Bueno, pues el Padre y Jesús son uno, como hoy se nos dice. Eso quiere decir que es de tal calibre el amor que Dios nos tiene que nos considera el regalo perfecto para Jesús.

Pero es verdad, a veces no sabemos caminar en «el horizonte de Dios»[[2]](#footnote-2). Analizamos nuestras crisis y planificamos el futuro pensando solo en nuestras posibilidades. Se nos olvida que el mundo está en manos de Dios, no en las nuestras. Ignoramos que el «Gran Pastor» que cuida y guía la vida de cada ser humano es Dios. Vivimos como huérfanos que han perdido a su Padre. La crisis a veces nos desborda.

Pero entonces, después de esa declaración de amor de Dios por el hombre, Jesús dice: «*Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre».*

En efecto, «*Dios supera a todos*». Que nosotros estemos en crisis no significa que Dios esté en crisis. Que los cristianos perdamos el ánimo no quiere decir que Dios se haya quedado sin fuerzas para salvar. Que nosotros no sepamos dialogar con el hombre de hoy no significa que Dios ya no encuentre caminos para hablar al corazón de cada persona. Que las gentes se marchen de nuestras Iglesias no quiere decir que se le escapen a Dios de sus manos protectoras.

Dios es Dios. Ninguna crisis religiosa y ninguna mediocridad de la Iglesia podrán «arrebatar de sus manos» a esos hijos e hijas a los que ama con amor infinito. Dios no abandona a nadie. Tiene sus caminos para cuidar y guiar a cada uno de sus hijos, y sus caminos no son necesariamente los que nosotros le pretendemos trazar.

1. Cfr. Jn 10,10 [↑](#footnote-ref-1)
2. José Antonio Pagola. *Dios no está en crisis*. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-2)